

La tradición judeocristiana en *El éxodo de Yangana*, de Ángel F. Rojas

Fátima Alfonso Pinto

Universidad Nacional de Educación de Ecuador

Abstracto: Este trabajo analiza paralelismos entre *El éxodo de Yangana*, de Ángel F. Rojas, y los escritos de la tradición judeocristiana. Aunque se han realizado algunos análisis de la obra, hasta la fecha no se ha publicado ningún estudio acerca de la intertextualidad entre esta novela y la Biblia. Mi propósito es mostrar que la obra refleja, como otras obras clásicas, gran influencia de la cultura judeocristiana, sin que ello vaya en detrimento de los aspectos que la caracterizan como una producción ecuatoriana original.

Palabras clave: *El éxodo de Yangana* – Ángel F. Rojas – Biblia – tradición judeocristiana – literatura ecuatoriana

Todo texto tiene reminiscencias de otros textos. Por ello, el análisis hermenéutico de las obras literarias supone, a menudo, establecer múltiples comparaciones entre ellas. La capacidad interpretativa y el bagaje cultural o literario del lector serán determinantes para tejer lazos entre diferentes obras. Como consecuencia, el discurso narrativo cambiará de significado según el enfoque que le otorgue el receptor y los códigos que se apliquen en el desciframiento del mensaje.

En *El éxodo de Yangana* (1949), de Ángel Felicísimo Rojas (Ecuador, 1909-2003), abunda, como en otras muchas creaciones artísticas, la polifonía del discurso y la intertextualidad.¹ Estamos ante un texto muy rico en interpretaciones; por eso es posible identificar la silueta de varias obras que permean a lo largo de la de Rojas. Así, y dependiendo de la exégesis que se realice, podríamos mencionar a Platón, Tomás Moro, Cervantes, Lope de Vega o Calderón como autores que, probablemente, navegaran en el inconsciente —o en el consciente— del autor lojano al escribir su novela. La comparación de *Fuenteovejuna* con *El éxodo de Yangana* es ineludible, no solo por el

¹ Para ampliar los conceptos relacionados con estos temas, véanse las obras de Mijaíl Bajtín, Gérard Genette, Roland Barthes y Julia Kristeva, por citar solo algunos de los estudiosos más reconocidos. En ese sentido, decía Barthes que “todo texto es un intertexto. Hay otros textos presentes en él, en distintos niveles y en formas más o menos reconocibles: los textos de la cultura anterior y los de la cultura contemporánea. (...) La intertextualidad, condición indispensable de todo texto, sea cual sea, no puede reducirse evidentemente a un problema de fuentes o influencias. El intertexto es un campo general de fórmulas anónimas de origen raramente localizable, de citas inconscientes o automáticas que van entre comillas”. Aquileana, “Roland Barthes/Julia Kristeva: Acerca del concepto de intertextualidad”.

epígrafe que encabeza la novela² sino también por la mención directa que de ella hace uno de los personajes, pero este no es el tema del presente trabajo.

El objetivo de esta investigación consiste, sobre todo, en poner de manifiesto los paralelismos que existen entre la tradición judeocristiana y *El éxodo de Yangana*. A pesar de que se han realizado algunos análisis de la novela, hasta la fecha no se ha publicado ningún estudio específico acerca de los múltiples vértices en los que confluyen dicha novela y la Biblia, razón por la que me he adentrado en tan rico universo literario y religioso, ya que esta obra, aunque presente numerosos elementos que la caracterizan como ecuatoriana y original, no puede negar la herencia que llegó desde el otro lado del Atlántico.

Muchos han sido los grandes autores que han tomado como base de sus creaciones la Biblia, desde Alfonso X hasta José Saramago, pasando por Fernando de Rojas, Dante, Erasmo, Shakespeare, Cervantes, Camões, Teresa de Jesús, Milton, Emilia Pardo Bazán, Unamuno, Borges, Delibes y una lista inconmensurable de otros nombres no menos relevantes.

Las artes tienen tendencia a beber en fuentes bíblicas: la pintura, la escultura, la música y la literatura acuden constantemente al Antiguo Testamento y al Nuevo para reproducir, una y otra vez, las historias que han sido contadas cientos de veces y que, no obstante, siempre ofrecen un nuevo relato, lleno de evocaciones pero insólito al mismo tiempo. La historia de la literatura occidental es incomprensible sin los códigos religiosos; de hecho, la clave hermenéutica principal para interpretar gran parte de la literatura española y latinoamericana está en la Biblia.

Una característica esencial de los escritos bíblicos es su polisemia. No se va a tratar aquí el aspecto dogmático de las Escrituras, sino su lado estrictamente literario. En ese sentido, no existe libro más rico que la Biblia en significados y metáforas, en géneros e historias. Es, precisamente, esa variedad la que permite que la Biblia sea modelo de cientos de obras, sin que ninguna de ellas choque contra el significado último que se le quiera dar al texto bíblico.

Aunque cuantiosos investigadores se han adentrado en el estudio de la Biblia como obra literaria y como la de mayor impacto e influencia sobre otras obras, sin duda el pionero fue el canadiense Northrop Frye (1912-1991).³ El resultado de sus indagaciones fue la publicación de dos obras paradigmáticas, *The Secular Scripture* (1976) y *The Great Code*, referencia obligatoria para cualquiera que desee incursionar en la intertextualidad bíblica. Según Frye, la Biblia es el prototipo de prácticamente todo símbolo, mito y tipología de la literatura occidental: “Ya William Blake sabía que el

² El epígrafe está tomado del drama *Fuenteovejuna*, de Lope de Vega (1562-1635).

³ Junto a Northrop Frye destacan nombres como el de Harold Bloom (Nueva York, 1930), pero ha habido otros muchos que se han sumado a estos pioneros en el estudio de la Biblia. Gonzalo Salvador Vélez hace un resumen de los estudios sobre las Sagradas Escrituras y la literatura en Europa que parece bastante completo (2008:28), aunque ha dejado fuera a autores portugueses tan relevantes como, por ejemplo, Fernão Lopes, Camões, António Vieira, Eça de Queirós, Fernando Pessoa y José Saramago.

Antiguo y el Nuevo Testamento son el gran código del arte” (16); es decir, que casi toda la producción artística occidental se alimenta de relatos bíblicos. Asimismo, Frye defiende que no solo el genio creador, sino también muchos aspectos de la teoría crítica se originaron en el estudio hermenéutico de la Biblia (19). Dependiendo de las épocas y de las culturas variarán las preferencias y los núcleos temáticos, pero hay patrones que se repiten en la literatura a lo largo de los siglos que emanan de la Biblia: la creación, la caída y redención, la destrucción, el exilio y la restauración son algunos de esos focos temáticos.

En el caso de *El éxodo de Yangana* —aparte de las alusiones a obras de Lope de Vega, Cervantes o Calderón de la Barca— Ángel F. Rojas muestra una gran influencia de sus lecturas de la Biblia. Esta afirmación podría causar cierto escepticismo, dado que Rojas era un declarado socialista, anticlerical y agnóstico. De hecho, Rojas y sus contemporáneos socialistas eran considerados enemigos del pueblo y de la religión, como él mismo explicó en una de las entrevistas que le hizo Fausto Aguirre:

... la derecha y los conservadores veían en nosotros a unos contumaces enemigos destructores de las doctrinas de la fe y de la iglesia. No lo podíamos hacer, no era ese nuestro objetivo; nuestro trabajo caminaba otras rutas. Nos tomaban como gente indeseable que tenía un convenio con los diablos. Afirmaban, sostenían y decían vernos que teníamos reuniones en las noches de luna llena y clara; que besábamos el trasero de un chivo negro que era el diablo. (Rojas 13)

Dejando a un lado la ironía que reverbera en ese testimonio, es indudable que la religión y la iglesia católica están latentes de diferentes formas —positivas o negativas— en la vida y obra de Ángel F. Rojas, como él mismo apuntó en alguna ocasión.⁴ Este aspecto engarza con la idea de que lo sagrado tiene una presencia constante e inquebrantable en la sociedad; en otras palabras, estamos ante la hierofanía de la que hablaba Mircea Eliade: “Cualquiera que sea el grado de desacralización del Mundo al que haya llegado, el hombre que opta por una vida profana no logra abolir del todo el comportamiento religioso. Habremos de ver que incluso la existencia más desacralizada sigue conservando vestigios de una valoración religiosa del mundo”. (17)

Efectivamente, la religión, en sus múltiples manifestaciones, domina el mundo en el que se desenvuelve el ser humano, a pesar de que muchas veces no seamos conscientes de la presencia de lo divino o sobrenatural en la vida cotidiana, en las

⁴ Sobre este aspecto comentaba Ángel F. Rojas: “Obreros, artesanos y campesinos estuvieron muy influidos por la iglesia, que funcionó mucho más reaccionaria y determinante que en la actualidad. El dominio y la presión del clero eran tan profundos, tan fuertes que la gente veía con terror la educación laica; la consideraba como la enemiga de la espiritualidad humana. Pues, esto, no tiene que vérselas en nada con la religión” (Rojas 12-13).

relaciones o en el lenguaje.⁵ A menudo el aspecto religioso-sobrenatural-mítico se oculta tras el supuesto pensamiento racional de la época contemporánea, pero, aun así, hay elementos arquetípicos que pertenecen al “inconsciente colectivo”, como diría Jung, y que no pueden ser eliminados tan fácilmente del acontecer diario.

Ángel F. Rojas, debido a su formación y la ideología que subyace en gran parte de sus actos, no podía sustraerse al influjo religioso a la hora de crear. *El éxodo de Yangana*, a pesar de ser un espejo del mundo ecuatoriano en muchos aspectos, muestra también reminiscencias bíblicas por doquier. Ya desde el título de la obra se nos coloca en el camino hacia el Antiguo Testamento al evocar, de manera clara y directa, el segundo libro del Pentateuco. Esta es la fuente principal de la que emanan los paralelismos que veremos, aunque no la única. Veamos antes una brevísima explicación de la estructura de la Biblia, por deferencia hacia quienes no estén tan familiarizados con el libro sagrado de la tradición judeocristiana.

El término Biblia, según lo define el Diccionario de la Real Academia, procede del latín tardío *biblia*, y este del griego [τὰ] βιβλία [*tà*] *biblia*, literalmente “[los] libros”. Es decir, el vocablo alude a un conjunto de libros, de diferente género narrativo, más que a una obra única y uniforme. De hecho, la Biblia está constituida por un total de 73 libros: 46 componen el Antiguo Testamento y 27 el Nuevo. El Antiguo Testamento se divide en cuatro grupos principales: el Pentateuco —también conocido como la Torá judía, está integrado por Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio—, los libros históricos, los poéticos y sapienciales y los proféticos. El Nuevo Testamento abarca también diferentes escritos de la tradición judeocristiana: los evangelios, el libro de los hechos de los apóstoles, una veintena de epístolas y el Apocalipsis.

Teniendo esto en cuenta, vamos a presentar las diversas analogías que se establecen entre la Biblia y *El éxodo de Yangana*.

Paralelismo 1: disposición de la obra

La estructura de *El éxodo de Yangana* es la primera correlación que se va a comentar con respecto a la Biblia. Como hemos visto, las Sagradas Escrituras contienen varios géneros, al igual que ocurre en la novela de Rojas. Es una obra compleja desde el punto de vista creativo, no solo en cuanto a los temas y la calidad literaria, sino también a la forma en que se presenta el relato y a las técnicas narrativas utilizadas.⁶

⁵ Prueba de ello son las numerosas expresiones religiosas que se incluyen continuamente en la lengua hablada y escrita, hasta por quienes no son creyentes: diluviar; pasar las de Caín; ser más viejo que Matusalén; predicar en el desierto; ser un buen samaritano; llorar como una magdalena; ser un judas, etc.

⁶ Buena parte de la estructura y de las técnicas narrativas que comentamos aquí se encuentran también en el *Quijote*, obra en la que es fácil descubrir, asimismo, innumerables referencias bíblicas y paralelos con la “Divina Escritura”, como la denomina Cervantes en el prólogo de la primera parte de la novela.

El libro está dividido en siete secciones presentadas en el siguiente orden: preludio, primera parte, interludio, segunda parte, interludio, tercera parte, postludio. A lo largo de sus páginas encontramos relatos en prosa, poesía, cantos, teatro, una traducción que reproduce un informe científico, cuadros de costumbres, cuentos, relatos orales, fábulas, un informe pericial, un artículo periodístico, un editorial y un conjunto de narraciones que rememoran a veces las composiciones épicas.

El preludio, por definición, es aquello que sirve de entrada a algo; también remite a una composición musical que anuncia algo más grande o el punto de partida de un concierto.⁷ Lo interesante es que en *El éxodo de Yangana* ese preludio no es el inicio de la historia que se nos va a contar; de hecho, la obra comienza *in medias res*, es decir, en mitad de la historia o, mejor dicho, casi al final, cuando los acontecimientos principales ya han tenido lugar y quedan pocos episodios para llegar a la meta de ese viaje.

Las primeras páginas de la novela son inquietantes: el narrador nos habla de Joaquín Reinoso, sobresaltado por el rumor que se acerca inexorablemente a Palanda, lugar donde vive con su esposa y su hijito, ocultándose por algo que ocurrió en el pasado y que todavía no se desvela. El matrimonio se prepara para defender su vida y su libertad, “tratando en vano de entender qué significa esa ya indudable penetración humana en masa, dentro de la montaña cerrada” (Rojas 343).

Lo que sigue es la “Primera parte”, sección que cuenta quiénes integran esa masa de gente, ese grupo que parece huir de un pasado atroz que, como en el capítulo anterior, se mantiene envuelto en un halo de misterio. En cualquier caso, el lector va percibiendo señales que apuntan al exilio forzado de un grupo numeroso de gente: ciento sesenta familias que escapan de la misma pena y avanzan hacia el mismo destino. El subtítulo, “La huida de un réprobo colectivo”, indica que el pueblo ha sido condenado, aunque todavía no sabemos por qué razones, y ha iniciado un éxodo masivo.

Retomemos la Biblia. El Génesis, a pesar de describir la creación del universo es solo un “preludio” de lo que vendrá después, de la parte realmente importante, que es la constitución del pueblo de Israel y su alianza con Dios. En el Éxodo se narra la salida de los israelitas de Egipto —acontecimiento central en la historia bíblica—, su travesía por el desierto y la alianza del Sinaí, origen de la Ley judía o Torá. Pero antes de adentrarnos en los motivos por los que tanto israelitas como yanganenses tuvieron que huir, veamos la segunda comparación.

⁷ En “*El éxodo de Yangana*, una estructura musical”, Emma Astudillo hace una interesante interpretación de la novela en clave musical: “La estructura externa y su nominación anuncian que esta novela es un concierto. Está dividida en tres partes, cada una precedida de un Preludio, intercalada por dos Interludios y cerrada por un Postludio” (Rojas 806-807).

Paralelismo 2: la relación de nombres

En el judaísmo, al Éxodo se le llama en hebreo *Shemoth* (שְׁמוֹת), que significa nombres, y es justamente con un listado de nombres como arranca el segundo libro de la Torá:

Estos son los nombres de los hijos de Israel que entraron en Egipto con Jacob; cada uno entró con su familia: Rubén, Simeón, Leví, Judá, Isacar, Zabulón, Benjamín, Dan, Neftalí, Gad y Aser. Todas las personas que le nacieron a Jacob fueron setenta. Y José estaba en Egipto. Y murió José, y todos sus hermanos, y toda aquella generación. (Éxodo 1:1-6)

A continuación se cuenta que en Egipto se alzó un nuevo faraón que no sabía del papel relevante que había desempeñado José en la historia egipcia. Este nuevo rey esclavizó a los israelitas y decretó que arrojaran al Nilo a los varones que nacieran entre los hebreos. Sigue el relato de Moisés, su salvación de las aguas por la hija del faraón, su crianza y educación en la corte, el descubrimiento de su verdadero origen, la persecución tras asesinar a uno de los capataces, su huida a Madián, la decisión de Dios de hacerlo su emisario para liberar al pueblo israelita de la esclavitud y conducirlo a Canaán, la Tierra Prometida. La narración da cuenta de la genealogía de Moisés y de Aarón, su hermano:

Estos son los jefes de las familias de sus padres. Los hijos de Rubén, el primogénito de Israel: Hanoc, Falú, Hezrón y Carmi; estas son las familias de Rubén. Los hijos de Simeón: Jemuel, Jamín, Ohad, Jaquín, Zohar, y Saúl hijo de una cananea. Estas son las familias de Simeón. Estos son los nombres de los hijos de Leví por sus linajes: Gersón, Coat y Merari. ... Y los hijos de Merari: Mahli y Musi. Estas son las familias de Leví por sus linajes. Y Amram tomó por mujer a Jocabed su tía, la cual dio a luz a Aarón y a Moisés. (Éxodo 6:14-20)

La relación de nombres y de familias continúa con los descendientes de Aarón y de Moisés, que también saldrán con ellos hacia la tierra de promisión.

En *El éxodo de Yangana*, en el capítulo donde vemos que un pueblo entero abandona el lugar donde vivía para ir en busca de lo que será su tierra de Canaán, nos encontramos también con un elenco que, a pesar de integrar el conjunto, se describe de forma individualizada. Así, vemos desfilar a decenas de personas cuyas vidas y hazañas se relatan a continuación, una a una. La presentación de esas gentes se hace a lo largo de cuarenta y cinco narraciones independientes, aunque relacionadas entre sí; son cuarenta y cinco láminas que se introducen con el mismo verbo una y otra vez:

Tal vez lleguen a ciento sesenta las familias en marcha. Todo un pueblo desfila lentamente, semináufrago en la penosa montaña...

Viene don Lisandro Fierro...
 Vienen los hermanos Mendieta...
 Viene la «Virgen del Higuerón»... Con ella viene su madre, doña Pascuala Bailón, la mejor víperina ...
 Viene doña Petrona Alcocer, la decana de las comadronas ...
 Viene Fermín López, el hombre de la mala suerte máxima, ...
 Viene don Vicente Muñoz, el hombre más ilustrado de Yangana ...

Las descripciones continúan hasta completar las cuarenta y cinco historias de ese réprobo colectivo. Esa enumeración que emula el Éxodo bíblico parece reproducir, además, una retahíla similar a las letanías de la Virgen de la religión católica.⁸ El crítico lojano Benjamín Carrión apuntó ya esa similitud poco después de que saliera publicada la novela de Rojas.⁹ Veinte años más tarde, Hernán Rodríguez Castelo se sumaría a esa percepción: “Una y otra vez nos parece recomenzar la marcha con el sacramental ‘viene’ pero los pasos todos se suman y es el éxodo del pueblo el que adquiere cuerpo e historia a través de los cuadros particulares” (Rojas 752). En efecto, cada uno de esos cuadros podría engarzarse hasta formar un retablo, un conjunto de tallas que reproducen en serie la epopeya de un pueblo que, por otra parte, está constituido por seres con nombres y apellidos e identidad propia.

Paralelismo 3: razones que provocan el éxodo

Regresemos al punto de partida, al vocablo que da título a la novela y que nos coloca en el segundo libro de las Sagradas Escrituras. La palabra éxodo procede del latín *exōdus*, que, a su vez, se originó del griego ἔξοδος /éksodos/, cuyo significado es salida. Pero, ¿qué es lo que provoca la salida de Egipto, en un caso, y de Yangana, en el otro? Como ya se mencionó arriba, en la Biblia se dice que el pueblo de Israel fue sometido a terribles vejaciones por parte del faraón que ya nada sabía del hijo de Jacob:

Entretanto, se levantó sobre Egipto un nuevo rey que no conocía a José; y dijo a su pueblo: He aquí, el pueblo de los hijos de Israel es mayor y más fuerte que nosotros. Ahora, pues, seamos sabios para con él, para que no se multiplique, y acontezca que viniendo guerra, él también se una a nuestros enemigos y pelee contra nosotros, y se vaya de la tierra. Entonces pusieron sobre ellos comisarios de tributos que los

⁸ Así empiezan las letanías de la Virgen: Señor, ten piedad / Cristo, ten piedad, / Señor, ten piedad. ... Santa María, ruega por nosotros. Santa Madre de Dios, / Santa Virgen de las Vírgenes, / Madre de Cristo, / Madre de la Iglesia, / Madre de la divina gracia, / Madre purísima, etc.

⁹ Observa Benjamín Carrión: “Y hay un ritmo interior de verso bíblico cuando cada párrafo lleva, seguido de la historia del personaje en exilio, de su estampa y su carácter, este fraseado de letanía...” (Rojas 688).

molestasen con sus cargas; ... Pero cuanto más los oprimían, tanto más se multiplicaban y crecían, de manera que los egipcios temían a los hijos de Israel. Y los egipcios hicieron servir a los hijos de Israel con dureza, y amargaron su vida con dura servidumbre, en hacer barro y ladrillo, y en toda labor del campo y en todo su servicio, al cual los obligaban con rigor. (Éxodo 1:8-14)

Continúa el texto diciendo que el faraón ordenó matar a todos los varones al nacer. Se narra entonces el nacimiento de Moisés y cómo su madre, después de ocultarlo durante tres meses, lo coloca en una cesta de papiro que deja entre los juncos de la ribera del Nilo; la hija del faraón lo encuentra y se lo entrega a una nodriza que es, en realidad, la madre de Moisés; al cabo de unos años, Moisés es entregado a la hija del faraón quien lo acoge como si fuera su hijo. Tras toda esta peripecia novelesca, el relato nos conduce a la rebelión de Moisés contra la opresión de su pueblo:

En aquellos días sucedió que crecido ya Moisés, salió a sus hermanos, y los vio en sus duras tareas, y observó a un egipcio que golpeaba a uno de los hebreos, sus hermanos. Entonces miró a todas partes, y viendo que no parecía nadie, mató al egipcio y lo escondió en la arena. Al día siguiente salió y vio a dos hebreos que reñían; entonces dijo al que maltrataba al otro: ¿Por qué golpeas a tu prójimo? Y él respondió: ¿Quién te ha puesto a ti por príncipe y juez sobre nosotros? ¿Piensas matarme como mataste al egipcio? Entonces Moisés tuvo miedo, y dijo: Ciertamente esto ha sido descubierto. Oyendo Faraón acerca de este hecho, procuró matar a Moisés; pero Moisés huyó de delante de Faraón, y habitó en la tierra de Madián. (Éxodo 2:11-15)

Allí Moisés conoce a Yetró, se casa con una de sus hijas y cuida del rebaño de su suegro hasta que Dios decide rescatar a los hebreos de manos de los egipcios convirtiendo a Moisés en su mensajero ante el faraón. Así es como Moisés, ayudado por su hermano Aarón, se convierte en el guía que conducirá al pueblo de Israel a través del desierto hacia la tierra prometida.

En *El éxodo de Yangana*, después del primer interludio, tenemos la segunda parte de la novela, donde se juega, al estilo cervantino, con el motivo del manuscrito redactado por un gringo llamado “míster Spark” y traducido por otro individuo cuyo nombre desconocemos que, además de trasladar al castellano el texto en inglés, se permite introducir comentarios y un capítulo de notas que corrigen y amplían la información del norteamericano.

En esta parte el lector descubre la razón por la que Joaquín Reinoso se refugió en Palanda, así como algunos de los hechos que condujeron a la animadversión de los yanganenses hacia los gamonales, los latifundistas que poco a poco arrebataron las

tierras al pueblo y destruyeron la paz y armonía que reinaba en Yangana. Sin embargo, habrá que esperar a la tercera parte para que uno de los personajes, el Churón Ocampo, relate todos los acontecimientos que desembocaron en la tragedia que, finalmente, los obliga a huir de su patria chica.

Empieza, por lo tanto, la segunda parte de la novela con la descripción de una población de la provincia de Loja que vive al margen del resto del país, “aislada del mundo, lejos de los puestos de penetración y todavía más lejos de la ciudad”. La República, dice el narrador, la reconoció como parroquia, “hecho que para la población habría pasado desapercibido de no haber coincido la expedición del decreto con la venida de un intruso que cayó mal: el primer teniente político de la parroquia” (Rojas 445). Mister Spark hace una observación muy ilustrativa: “las autoridades de este país hay algo en que no fallan: tienen gran seguridad al escoger sus protegidos y sus colaboradores entre las personas que más daño pueden hacer a la comunidad que les corresponde gobernar” (Rojas 445). Con esta afirmación, el gringo deja constancia de su apoyo a Yangana y, en cierto modo, justifica la rebelión posterior de un pueblo que durante años ha mantenido una pugna con los supuestos mantenedores de la ley. Spark relata con todo detalle los conflictos que han existido durante décadas entre Yangana y el gobierno; habla de las corruptelas políticas, de los abusos de los gamonales, del robo de tierras por parte de los poderosos, de los excesos cometidos por el teniente político, de las injusticias del gobierno central, etc. El gringo Spark no tiene reparos en denunciar el despotismo del Estado, las infracciones de los hacendados, la transgresión de las leyes, el capitalismo desmedido y todo lo que va en contra del estado socialista y comunitario que imperaba en Yangana antes de que unos cuantos prevaricadores decidieran irrumpir en este espacio edénico y aniquilar todo estado de pureza comunal.

En las notas del traductor que siguen a la relación de Spark se amplían algunos datos y se certifica la veracidad de lo que cuenta el gringo acerca de los abusos que conducen a la sublevación de los yanganenses, al asesinato de varias personas y al éxodo de todo un pueblo. Cuenta aquí el traductor la “historia del viejo haragán”, es decir, de Emilio Gurumendi, quien decide cultivar las tierras que le cede el indio Trinidad Quizhpe. Más tarde, su hijo Javier viola las leyes consuetudinarias de la comunidad: se alía con el jurisperito Zapata y registra a nombre de su padre un terreno que no le pertenece. De este modo, el antiguo holgazán “se convirtió en propietario de la mitad de Yangana sin saberlo” (Rojas 515). Con el tiempo, y debido a otras intrigas similares, la población llegaría a estar controlada por tres latifundistas, uno de ellos el primogénito de Javier, apoyados por un gobierno abusivo que prefiere beneficiarse económicamente a proteger a sus ciudadanos.

Esa situación de explotación del pueblo hace que todo estalle durante una fiesta, relatada en la tercera parte. Toda la comunidad celebra que, por fin, se va a colocar con gran boato una nueva campana en la iglesia. Para regocijo de todos se han preparado varias actividades, entre ellas la representación de una obra de teatro escrita por don Vicente Muñoz, el hombre ilustrado del pueblo. Don Vicente, junto con otros

comunales, ha intentado por todos los medios legales conseguir que el estado les devuelva las tierras que les pertenecen y que dejen de abusar de ellos; todos sus intentos pacíficos han fracasado, así que se le ocurre que en la representación teatral, a la que van a asistir los terratenientes y el cura que los apoya, los personajes hablarán del estado ignominioso al que ha llegado el pueblo por culpa de la avaricia y la ambición de unos pocos. Así, dice el llamado “Acusador” en la obra de teatro:

Somos un pueblo que vive de su trabajo y sin molestar a nadie. Tenemos lo indispensable, y defendemos y defenderemos lo que es nuestro, amando nuestra paz y nuestra libertad ... La comunidad es de todos y no es de nadie en particular ... Si alguien viene, utilizando las malas artes de allá, a pretender despojarnos de lo nuestro, nosotros tenemos que defendernos atacando ... Si alguien, valiéndose de subterfugios, intenta apoderarse de lo que nunca le perteneció, tenemos que defendernos atacando. Y si la autoridad, en vez de estar de parte de quien tiene la razón, sirve a quien la paga y la corrompe, tenemos que defendernos de la autoridad atacándola... (Rojas 596)

La representación teatral sirve, como es obvio, para subrayar el estado infamante al que ha llegado el pueblo de Yangana; es un grito de protesta social. Cuando se está teatralizando la historia de la comunidad, tanto los gamonales como los comuneros se ven reflejados en el escenario. El problema es que la ficción, reflejo de la realidad, se ha incrustado en la retina de los espectadores y les hace reaccionar de manera violenta. Todos quieren subir al proscenio para hacer oír su voz, incluida doña Liberata Jiménez, que parece tener muy claro que a ellos jamás los van a tratar con ecuanimidad:

Ustedes podrán decirme que confían en que el gobierno les haga justicia ordenando la expropiación de las haciendas que pertenecieron al pueblo de Yangana por razones de utilidad pública ... Ustedes me dirán que el Congreso resolverá en favor de la mayoría ... Pero eso fuera así en el caso de que viviéramos en otro mundo. Como vivimos en éste, no será como ustedes creen. ... Aquí, amigos, no tenemos más que dos caminos, según lo veo muy claro: o irnos del pueblo, dejando todo esto, montaña adentro, al oriente, en busca de tierras incultas para hacerlas nuestras, o tomar por la fuerza las tierras que nosotros sabemos que nos pertenecen. (Rojas 600-601)

Doña Liberata es una luchadora nata que se ha visto envuelta en más de un litigio por intentar que prevalezca la justicia. Intenta convencer a sus compatriotas de que juntos podrán echar a los gamonales y hacerles entender que no vuelvan porque es inútil pelear contra todo un pueblo; les pregunta si prefieren recuperar las tierras o marcharse en

busca de otras nuevas. La respuesta unánime es que se vayan los gamonales. Todavía no están pensando en exiliarse en masa para instalarse en otro lugar; lo insólito es que ese discurso da pie a otros que acaban por alterar a todos los vecinos. Si bien al principio se intenta apaciguar los ánimos, la ira colectiva contra los terratenientes va en aumento, hasta el punto de ver sus vidas en peligro; por ello Ignacio Gurumendi, asustado, saca el revólver, dispara y se desata el infierno. Mueren varias personas, entre ellas los gamonales.

Tan pronto como el gobierno se entera de lo que ha ocurrido, las autoridades deciden castigar duramente a los culpables y arrasar el pueblo. Lo inesperado es que, a la hora de determinar quién es el principal responsable, varios comuneros se proclaman culpables de los crímenes y quieren entregarse a las autoridades para salvar a los demás. Entonces don Vicente, evocando la obra de Lope de Vega, los convence de que todos deben unirse para defenderse ante la represión que la fuerza armada va a ejercer contra ellos. También convence a Tobías Ocampo de que tome la palabra y la decisión final respecto a lo que deben hacer. Ocampo les hace ver que la única solución factible es el éxodo:

Les dije entonces con mi manera de hablar que tengo, que yo solamente veía una salvación: si todos estábamos comprometidos, toda Yangana iba a ser atacada, y atacada en el corazón mismo, porque ya tiene antecedentes que la harán aparecer ante el gobierno como una población de salvajes irreductibles, que cada vez está necesitando azotes y mano de hierro para entrar en vereda ... Les dije también que para evitar semejante cosa yo creía que lo indicado era irnos en masa a otra parte, irnos al oriente a vivir donde nadie nos moleste, ... porque por esas montañas desconocidas no se aventuraría ningún pelotón de hombres armados. (Rojas 644)

De este modo, el Churón Ocampo se convierte en un nuevo Moisés, en el guía que conducirá a su pueblo hacia la tierra de promisión, como veremos. Pero antes, recapitulemos los paralelos vistos hasta ahora.

Tanto en una obra como en la otra se producen unos hechos concatenados que arrastran a un pueblo entero a la diáspora. En el texto bíblico los israelitas viven oprimidos por el faraón; como consecuencia del asesinato que comete Moisés, el faraón pretende castigarlo y redoblar el maltrato hacia su gente; Moisés huye a la tierra de Madián, donde Dios le hablará para convertirlo en el mensajero y guía de su pueblo, al que quiere sacar del yugo egipcio para llevarlo a la Tierra Prometida. En la obra de Rojas, el pueblo de Yangana vive oprimido por los gamonales y el Estado. Como consecuencia de la muerte de los terratenientes a manos de los yanganenses, el poder central pretende castigar a los responsables; para evitar que unos pocos sufran la expiación, todo el pueblo se une y se autoproclama responsable único. Entonces,

Ocampo es elegido para guiar al pueblo en su peregrinaje y se produce la salida masiva de todos los vecinos hacia su tierra prometida.

Como se ha apuntado anteriormente, existen otras lecturas y exégesis, incluida la interpretación de sesgo social y político. Pero tal elucidación no corresponde a este estudio.¹⁰ Sigamos, por lo tanto, con los paralelos que nos ocupan.

Paralelismo 4: reminiscencias bíblicas a través de los personajes

Además de lo ya expuesto, entre el Éxodo bíblico y la novela de Rojas se pueden percibir otras reminiscencias de la tradición judeocristiana a través de la caracterización de algunos personajes.

Así, cuando se presenta a la “Virgen del Higuerón” se advierte enseguida que, aunque es la muchacha más bella de los contornos, es prácticamente inalcanzable, un ser sobrenatural tocado por el “hechizo un poco funesto del higuerón bajo cuya sombra creció” (Rojas 352). Todos la desean y también la temen porque posee “mucho del dañino poder de los higuerones”. Si bien ese temor se refiere al asunto amoroso, es inevitable evocar el árbol del jardín del edén, un árbol de la vida cuyo fruto no se puede tomar so pena de ser castigado, por más que la serpiente musite lo contrario. No creo que Rojas haya pretendido hacer de este personaje una nueva Eva —papel que se ajusta más a Juanita Villalba, por ejemplo—, sino, más bien, jugar con las posibles connotaciones atávicas y bíblicas del árbol y también de la serpiente, que en la novela está representada, a la inversa, por “la espantosa viperina de la madre” (Rojas 2004:353). Más hilarante resulta la conexión que se establece entre doña Justa Carreño y la imagen de una beata, sobre todo porque se busca mediante la hipérbole y el humor retratar a una santa que no tiene aspecto de tal, conforme a la creencia popular. De hecho, dice el narrador, “don Vicente Muñoz no le perdonaba su apariencia saludable, profana y burguesa”:

Una santa —alegaba él— debería ser delgada, liviana, anémica y extenuada. Tener unas manos muy pálidas y heladas. Hablar en voz baja y cavernosa. Caminar con los ojos en el suelo. Tener un rosario entre los dedos. Vivir comiendo poco y mal. Considerar al cuerpo como la cárcel inmunda del alma inmortal, y no acicalarlo sino mirarlo con un infinito desprecio y asco. Pensar día y noche en la divinidad y en la vida ultraterrena. Frecuentar la iglesia y el confesonario. Tener callos en las rodillas. Ser castísima, absurdamente casta, hasta en el pensamiento. Llevar cilicios bajo las viejas ropas sucias. Tener ningún atractivo sexual.

¹⁰ En este sentido, puede consultarse la obra de Yovany Salazar Estrada citada en la bibliografía.

Ser incapaz de herir los oídos ajenos con una mentira o una frase torpe. ¡Y tener escasísimas facultades intelectuales, o ser una desequilibrada, para meterse a una profesión tan poco higiénica y elegante! (Rojas 422-423)

Seguramente el autor de este párrafo se deleitó creando un personaje en el que subvierte todas las características que el vulgo asocia con la santidad. No olvidemos que Rojas estaba muy familiarizado con la tradición religiosa y que no perdía la oportunidad de criticar o ridiculizar sus distintas manifestaciones. Pero no olvidemos tampoco que el humor y la ironía son herramientas que el autor lojano maneja con gran habilidad. El retrato de doña Justa no estaría, por lo tanto, completo, sin la otra cara de la beatería:

Es gruesa, robusta, sanguínea, de cuerpo achaparrado. Se ha casado en su mocedad y tenido varios hijos bien hechos, que demuestran con cuanto placer se dedicó a la procreación. Cuando se divierte —porque se divierte cuando cree conveniente— lo hace francamente, a boca llena, alegrándose toda ella, en cuerpo y alma. Mira de frente, aguanta una broma y no se escandaliza ante las debilidades ajenas. Tampoco vive en la frecuencia, ni calentando los ladrillos de la Iglesia. Es muy correcta en el vestir y parece que se baña y se lava muy a menudo. ¡Y sin embargo, amigos, la consideramos como una santa! (Rojas 423)

Sigue la explicación de por qué esta señora posee unas cualidades que, según don Vicente, solo la santidad puede otorgar. Encontramos, nuevamente, malabarismos temáticos y lingüísticos que oscilan entre una representación realística de los personajes y su mítica construcción.

Mitológico parece también el personaje de don Lisandro Fierro, constituido por una mezcla de rasgos típicos del realismo mágico, muy anteriores a *Cien años de soledad*,¹¹ y atributos de los patriarcas y profetas hebreos. La comparación bíblica es evidente desde el momento en que se ve llegar a los primeros yanganenses, encabezados por el hombre más longevo de la comunidad:

Don Lisandro Fierro es el hombre más viejo de la partida. Procreador de una familia bíblica, sordo como una tapia, amigo personal que fue de García Moreno, en tiempos de su mocedad. ... La voz es todavía un

¹¹ Gabriel García Márquez es otro claro ejemplo de autor cuya obra se identifica con características consideradas propias de la literatura hispanoamericana y que, a pesar de ello, refleja continuamente la influencia española y la tradición judeocristiana. Sirva de ejemplo la *Crónica de una muerte anunciada*, imbuida del teatro de Lope de Vega y de García Lorca, o *Cien años de soledad*, repleta de alusiones bíblicas, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, abarcando hechos y temas como el pecado original, el incesto, el diluvio, las plagas, el éxodo, la ascensión, etc.

trueno ronco y, como no se oye, habla a gritos, estremeciendo, al mover la boca, sus barbas patriarcales. ... Estas gentes quieren, sin duda, a su viejo. Les parece una reliquia de otra edad, un anciano fabuloso, y hay quienes creen en serio que está hecho de una materia extrahumana, de un barro que no se desmoronará. ... todos aprecian la autoridad de su testimonio del largo pasado que ha tenido la suerte de vivir. No faltan quienes lo creen una especie de oráculo, y se aprenden de memoria todas sus consejas, como si la sabiduría del pasado hablara por sus labios. (Rojas 348-349)

No es difícil imaginar a Abraham, a Isaac y a Jacob detrás de esa descripción. Incluso se puede ver a los grandes profetas del Antiguo Testamento, a quienes la colectividad veneraba como seres ligados a la divinidad.

Si es factible identificar a don Lisandro Fierro como el patriarca de Yangana, el principal profeta y líder lo encontramos personificado en la figura de Tobías Ocampo: él es quien reproduce el doble papel de guía espiritual y de supuesto asesino redimido; es el Moisés que conduce al pueblo de Yangana en su peregrinaje hacia la tierra de promisión. La estampa inicial del Churón Ocampo precede al desfile de personajes de la primera parte de la novela: es el único nombre propio que destaca en medio de esa muchedumbre que se desliza por la montaña. Llama la atención que no se le dedique un capítulo independiente, como hace el narrador con otros muchos yanganenses en los cuadros descriptivos ya mencionados; sin embargo, es un ser ubicuo al que se menciona continuamente. Poco a poco, a pinceladas, se van dibujando los contornos de Ocampo: no solo es el guía y el que cierra la marcha “con su carabina terciada a la bandolera”, es también el jefe militar de esa multitud, el hombre al que todos los demás se someten porque ha sido elegido por unanimidad para que lo conduzca a su tierra de Canaán.

El papel del Churón como dirigente queda explícito en varias ocasiones. En el cuadro 12 el narrador dice que Ulpiano Arévalo es un antiguo soldado del ejército nacional que dirige el pelotón de hombres armados de esa muchedumbre exiliada bajo el mando de Ocampo, a quien obedece ciegamente (Rojas 367-368). En el cuadro 24 se relata la historia de Eliseo Aliaga, el vecino más difícil de convencer para que abandonara Yangana porque era, como los árboles que había plantado, parte de aquella tierra; ese “demiurgo botánico” que se había pasado casi toda su vida cruzando especies se negaba a abandonar sus raíces: “pero el Churón Ocampo, que se las valía como jefe y tal vez acertaba como conocedor del corazón humano, consiguió atraerlo encargándole el cuidado de la conducción de las semillas” (Rojas 380). También Joaquín Reinoso, cuando ve a ese río de gente desembocando en Palanda, se da cuenta rápidamente de que el Churón Ocampo, “su amigo de la infancia, compañero de travesuras y correrías allá en Yangana, ... parecía ser el jefe. Y que los demás, que eran gente asimismo de Yangana, le obedecían” (Rojas 428). En la tercera parte, el propio Churón les cuenta a Joaquín Reinoso y a su esposa que todos lo eligieron capitán de esa tropa fugitiva: Sí,

hermanitos: en mí pensaron cuando se trató de elegir. ... yo resulté ser quien conduciría las vidas y las haciendas a estos sitios... y yo debo ser también quien restituya el poder al pueblo que me lo confió, el día de mañana, o cuando ellos me lo pidan. (Rojas 646)

El Churón era un hombre respetado como guía incluso antes de la diáspora, según recoge el traductor en sus notas. Asimismo, el Churón es, como lo fue Moisés, el legislador, el que establece las normas que deben regir en el campamento durante toda la travesía. El problema es que algunos lo consideran demasiado autoritario; hasta lo tildan de tirano (Rojas 431, 433), quizás por su afán de mantener el orden a toda costa.

A semejanza de lo que le ocurrió a Moisés, el Churón Ocampo será guía y cabeza de su pueblo durante el camino, pero su misión terminará justo antes de llegar a la tierra prometida. En el Éxodo, Moisés no entra en Canaán; aunque Dios le permite contemplarla desde lo alto del monte Nebó, muere allí mismo, en el país de Moab.¹² El Churón no muere, pero tampoco podrá continuar como dirigente y legislador de Pueblo Nuevo. A pesar de su buen desempeño durante el trayecto, hay coterráneos que no quieren que prolongue su caudillaje. Ya lo habían anunciado cuando lo eligieron como cabecilla:

a ese jefe que elija el pueblo de Yangana para las presentes circunstancias hay que decirle terminantemente que sólo ejercerá sus funciones hasta que se normalice la situación. Después volveremos a la vida libre y sana que hemos tenido y por la cual estamos resueltos a luchar. (Rojas 645)

El Churón sabe que ha llegado el final de sus días como dirigente, pero no quiere soltar la vara de mando. El sacrificio que ha realizado lo está convirtiendo en una persona soberbia y peligrosa; tal vez ahí esté el riesgo de que Ocampo siga liderando a la masa; algunos se dan cuenta de que es fácil que caiga en el despotismo del que están huyendo. Rosa Elvira, que parece conocerlo bien, le dice a Ocampo: “Oye, Churón: no sigas de jefe de esas gentes. Vuelve a ser lo que fuiste antes. Tu compromiso está cumplido. Mejor es que los dejes. Mejor para ellos y mejor también para ti” (Rojas 647). Él no tiene intención de renunciar a ese poder y quiere imponerse a los demás aunque sea por la fuerza, como le confiesa a Joaquín en el postludio, porque sabe que se enfrenta a varios opositores. Cuando Ocampo y Joaquín recorren el campamento de hoguera en hoguera y se convierten en espectadores furtivos de todas las conversaciones, la voluntad de los demás acerca de la destitución del guía se hace evidente:

No podemos negar que se ha portado bien —iba diciendo don Vicente Muñoz—. Nos ha traído acá y ha administrado con energía y honradez lo que le hemos confiado ... Ha sido exigente con la disciplina y no ha

¹² “Y habló Jehová a Moisés aquel mismo día, diciendo: Sube a este monte de Abarim, al monte Nebo, ... y mira la tierra de Canaán, que yo doy por heredad a los hijos de Israel; y muere en el monte al cual subes ...” (Deuteronomio 32:48-50).

tolerado derroches en la comida ... Ha tenido que amanecerse de claro en claro, no descansar un momento cuidando tanto la delantera como la retaguardia ... olvidarse de que tenía hijos y mujer a quienes cuidar; gritar mucho y rabiar más y hacerse de algunos enemigos ocultos, que no le perdonarán los castigos que ha impuesto ... Pero no servirá para autoridad de la población nueva. Eso es otra cosa. (Rojas 663-664)

El hombre ilustrado de Yangana, a pesar de reconocer las múltiples cualidades de Ocampo, quiere otro tipo de liderazgo para la nueva aldea:

Así como en tiempos de guerra conviene que los militares manden ... en tiempo de paz son los civiles quienes han de mandar. Nosotros hemos estado en campaña desde que hemos salido hasta hoy que hemos llegado. El jefe indiscutible era entonces él. Ahora tenemos que pensar en las autoridades que regirán la población para las jornadas de paz y de construcción. Y esas autoridades han de ser honorables, bien preparadas y saber lo que al pueblo le conviene más. (Rojas 664)

Don Vicente, al igual que otros yanganenses, quiere vivir en una tierra donde impere el comunismo y la concordia entre vecinos. Esa perorata es una declaración de intenciones derivada de los abusos que han cometido las autoridades en la tierra recién abandonada y, sobre todo, es una promesa de que aquellas iniquidades no tienen cabida en la nueva sociedad. El filósofo de Yangana cree que Ocampo “fracasaría metido a autoridad”. No obstante, a diferencia del olvido al que fue condenado Moisés,¹³ don Vicente desea perpetuar la memoria de su héroe fundando una plaza pública que lleve su nombre, para que sea recordado por las generaciones venideras (Rojas 665).

Paralelismo 5: relato fundacional y memoria histórica

Si bien el papel del Churón Ocampo como guía es trascendental, no lo es menos su función de narrador de parte de la historia de Yangana. La voz de Ocampo es la que se oye en muchas secciones de la novela; es él quien les cuenta a Joaquín Reinoso y a su mujer lo que ha ocurrido en la tierra abandonada y por qué han iniciado la diáspora. En la tercera parte —en “La última alegría de Yangana”—, Ocampo completa la narración de los hechos que el lector ha empezado a percibir a través de los cuadernos de Spark y de las notas del traductor.

Esa es otra de las semejanzas entre Tobías Ocampo y Moisés. Según la tradición judeocristiana, Moisés es el autor de la Torá, de los cinco primeros libros de la Biblia,

¹³ Moisés no solo fue castigado por Dios a no entrar en la tierra prometida, sino que, además, fue condenado al olvido, ya que nadie sabe dónde está su tumba, según el relato del Deuteronomio 34:1-6.

también conocidos como los cinco libros de Moisés. Dejando a un lado las polémicas disquisiciones acerca de la autoría del Pentateuco,¹⁴ lo que interesa para este estudio es que incluso en este aspecto es posible establecer un vínculo —intencionado o no en la pluma del autor—, entre el personaje de Rojas y el emisario de Yahvé.

La importancia de Moisés como escriba de Dios queda reflejada en el hecho de haber sido el cabecilla de la liberación de los israelitas de la esclavitud y el adalid espiritual de su pueblo, además de su legislador, como quedó registrado según las leyes que regulan la alianza entre Dios e Israel. En cierto sentido, el Pentateuco es el relato fundacional del pueblo elegido: es el documento oficial que recoge la alianza entre la divinidad y el pueblo de Israel, representado por Moisés. Del mismo modo, *El éxodo de Yangana* podría verse como la recopilación de las hazañas que conducen a la instauración de una nación nueva, el umbral que dará paso a una historia posterior, todavía no escrita, de Pueblo Nuevo, el nombre escogido para constituir la otra Yangana. Mediante el acto fundacional, el grupo toma conciencia como unidad étnica, religiosa, social e ideológica. Es, igualmente, un relato legitimador, un relato que hay que repetir hasta que quede grabado en la memoria colectiva.

La creación de esa remembranza se inicia mediante el coro de voces que repiten hechos que, si bien forman parte del pasado de Yangana, son necesarios para construir la leyenda. Encontramos de nuevo una letanía como la del principio, una anáfora en forma de pregunta que recupera pasajes pretéritos para elaborar esa memoria histórica colectiva:

—¿Se acuerdan que esos mismos cuarenta hombres prendieron candela a las casas...?

—¿Y se acuerdan que en seguidita pasó la candela al barrio de los Leones...?

—¿Y se acuerdan que la casa de taita Lisandro Fierro ardió voluntariosamente...?

—¿Y se acuerdan de la pena que nos entró cuando...?

—¿Y se acuerdan que después los hombres...?

¹⁴ La atribución de la autoría del Pentateuco a Moisés la aceptaron tanto los judíos como los primeros cristianos y perduró durante siglos. Sin embargo, esa teoría también tendría opositores, especialmente a partir de la Ilustración. En los siglos XIX y XX hubo un movimiento antimosaico que cuestionaba tal autoría basándose, sobre todo, en la llamada hipótesis documentaria o hipótesis de Wellhausen. El argumento principal es que el Pentateuco no fue redactado por una sola mano, sino que proceden de cuatro fuentes distintas: la Yahvista, la Elohista, la Deuteronomica y el escrito Sacerdotal. Para ampliar esta información y la polémica en torno a dichas teorías véase “A Summary of the Documentary Hypothesis” en <http://imp.lss.wisc.edu/~rltroxel/Intro/hypoth.html>, Carlos Blanco, “El Éxodo: aproximación interdisciplinar”, en *Amigos de la egiptología*, <http://www.egiptologia.com/egipto-y-la-biblia/65-el-exodo-aproximacion-interdisciplinar.html> y Colin Smith, “A Critical Assesment of the Graf-Wellhausen Documentary Hypothesis”, en <http://web.archive.org/web/20080821155609/http://aomin.org/JEDP.html>, entre otras fuentes.

—¿Y se acuerdan de que el convento...? (Rojas 661-662)

Así, a retazos, se va recreando lo que fue Yangana, de forma oral primero, como todo canto épico; ya llegará el momento de ponerlo por escrito. Hay una clara intención de transmitir los sucesos de generación en generación, como dice Ocampo: “deber nuestro será conservar la memoria de lo que fuimos y de lo que hicimos...” (Rojas 668). El mismo sentir queda patente en la conversación de un grupo de mujeres:

Los chicos deben desde ahora aprender de un modo diferente ... Es preciso explicarles esto que nos ha ocurrido, y por qué hemos venido para acá, a fin de que aprendan a conocer la historia de sus padres y a conocer sus enemigos. También deben aprender con un nuevo sentido a amar la tierra y la patria ... Todo esto y otras ideas más me propongo decirles mañana en la ceremonia de la fundación... (Rojas 657-658)

Esa ceremonia a la que alude uno de los personajes es esencial para establecer el pacto que agrupará a los habitantes de Pueblo Nuevo. Si en Yangana dieron muestras de ser un solo espíritu a la hora de levantarse contra la depravación de los gamonales, el acto de fundación registrará también una sola voluntad de establecer una coalición al amparo del comunismo. Jóvenes y viejos quieren estampar su firma en el acta fundacional porque son conscientes de que así pasarán a la historia como héroes que se sacudieron el yugo de la opresión y dibujaron un punto nuevo en el mapa:

Yo quiero figurar... Yo quiero figurar como uno de los fundadores de esta nueva población... He de firmar el acta de fundación para que mi nombre quede en ella, y más tarde sepan que Marcos Quizhpe fue de los mismos que vinieron por aquí... dejando atrás la esclavitud... Después nuestros descendientes se han de acordar de nosotros con orgullo... (Rojas 650)

Así es como se crea un pueblo, una nación, mediante mitos y relatos fundacionales como el Pentateuco, donde “se encuentran narrados los acontecimientos que explican la fundación del pueblo de Israel, precedidos de la visión bíblica del nacimiento del mundo” (Millet 85).

Paralelismo 6: otras reminiscencias bíblicas

Además de las referencias bíblicas ya mencionadas, la obra de Rojas alude constantemente a otros pasajes de las Escrituras. Por ejemplo, el informe antropológico de Spark presenta una población de características paradisiacas y arcaicas. Así se entiende que califique a la comunidad de “autarquía económica primitiva” o que refiera

“la forma eglógica en que vive” (Rojas 464, 493). Al igual que en el Génesis, se produce una salida del paraíso terrenal, aunque la expulsión no es impuesta desde fuera sino una autodeterminación del pueblo de abandonar un edén que se ha transformado en infierno. De hecho, el final de Yangana parece una réplica del Armagedón, del final del mundo que reproduce el Apocalipsis. Por otro lado, también el subtítulo de la segunda parte de la novela evoca el Génesis antes de la caída: “Yangana cuando era pura”. Igual de relevante es dedicar un capitulillo a la hospitalidad, “un hecho consuetudinario” entre los yanganenses; es decir, dar asilo al forastero se considera una obligación sagrada, como lo es en la Biblia, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo.¹⁵

Otra de las evocaciones del Génesis la encontramos en uno de los episodios más curiosos de la novela, en el primer interludio. De nuevo Rojas juega aquí con la estructura y las connotaciones musicales de esta magnífica ópera en la que nada está colocado al azar. Como ya observó con agudeza Rodríguez Castelo, este fragmento semeja un ditirambo (Rojas 755), es decir, la antigua composición lírica que los griegos dedicaban al dios Dionisos, el dios de la vendimia y del vino. Nada más apropiado teniendo en cuenta el estado etílico en el que se encuentra Joaquín Gordillo y el significado de tal rito. Este personaje estaba en Yangana por casualidad cuando estalló la hecatombe. El día de la fiesta, la tragedia sorprendió ebrio a un Gordillo que decidió unirse, en medio de la histeria colectiva, al destino incierto de Yangana. En el interludio, Gordillo bebe a escondidas, ya que el Churón ha prohibido el consumo de alcohol. El “agrónomo fracasado” se dirige a Eliseo Aliaga, el encargado de las semillas que transportan para sembrarlas “en las tierras de Canaán” (Rojas 436). Gordillo insiste en que Eliseo escuche su himno, su canción beoda de esa “arca de Noé de semillas” que conducen al futuro, al porvenir (Rojas 439). La mención explícita del arca apunta, sin duda, a la esperanza de una nueva vida representada por la simiente que desean trasplantar. Pero, además, nos recuerda que, tras el diluvio, Noé volvió a cultivar la tierra y plantó una viña de cuyo fruto bebió y se embriagó (Génesis 9:20-21). Noé se desdobra así en los dos personajes rojanos: el Gordillo borracho y el agricultor Eliseo.

Conclusión

Como es habitual en este tipo de estudios, queda mucho por decir y analizar acerca de esta magnífica obra de Ángel Felicísimo Rojas. Aquí tan solo se ha presentado una aproximación a los paralelos que existen entre *El éxodo de Yangana* y los textos bíblicos, pero, sin duda, se podría hablar más acerca de las similitudes con la cosmovisión religiosa judeocristiana.

Hemos intentado mostrar que, además de las analogías mencionadas, en la obra de Ángel F. Rojas se halla un compendio de muchos géneros y estilos literarios,

¹⁵ Así lo recoge Génesis 18:2 y siguientes, Éxodo 2:20, Deuteronomio 10:19, Romanos 12:13, Hebreos 13:2, y 1Pedro 4:9.

herencia, en algunos casos, de una tradición artística importada de tierras transatlánticas. No obstante, *El éxodo de Yangana* es una novela de gran originalidad y repleta de valores literarios que son fruto exclusivo de la maestría de su autor. La habilidad de Rojas está, justamente, en haber sabido combinar lo propio y lo ajeno: tan pronto nos coloca en espacios e historias solo factibles en espacios ecuatorianos como nos arroja a las páginas de libros que están al otro lado del océano.

Decía Fausto Aguirre que, a pesar de que el autor de *El éxodo de Yangana* se adelantó en algunos aspectos a Juan Rulfo, a Vargas Llosa y a García Márquez, la crítica no había sido capaz de descubrir en este autor lojano toda la grandeza de su creación literaria. Ojalá que este humilde estudio sirva para acercar un poco más tan excelente obra a los lectores que, por las razones que sean, todavía no han tenido el privilegio de conocer el mundo de los yanganenses.

Para finalizar, quisiera apuntar que Ángel F. Rojas, por mucho que renegara de la religión, probablemente quedara atrapado en el aura mítica que desprendían las Sagradas Escrituras. Tal vez para él, como para Northrop Frye, la Biblia fuera, sobre todo, una majestuosa obra de ficción, pero parece innegable que no pudo escapar a su influjo y al poder fabuloso que se desprende de ella. Por eso el éxodo que él imaginó, el de Yangana, posee una grandeza que va más allá de una simple cuestión religiosa. *El éxodo de Yangana* es un relato legendario y un universo del que nadie desea partir.

OBRAS CITADAS

- Aquileana. “Roland Barthes/Julia Kristeva: “Acerca del concepto de intertextualidad””. Recuperado de <http://aquileana.wordpress.com/2011/07/17/roland-barthes-julia-kristeva-acerca-del-concepto-de-intertextualidad/>. Consultado el 11 de mayo de 2015.
- Astudillo Tapia, Emma. “El éxodo de Yangana, una estructura musical”. Rojas, Ángel F. *Obras completas, tomo I, vol. I*. Loja: Universidad Técnica Particular de Loja, 2004. 803-818. Impreso.
- Biblia. Versión Reina Valera 1960. Recuperado de <http://www.amen-amen.net/RV1960/>. Consultado el 21 de enero de 2016.
- Blanco, Carlos. “El Éxodo: aproximación interdisciplinar”. *Amigos de la egiptología*. Recuperado de <http://www.egiptologia.com/egipto-y-la-biblia/65-el-exodo-aproximacion-interdisciplinar.html>. Consultado el 10 de septiembre de 2015.
- Carrión, Benjamín. “Ángel F. Rojas. Rojas, Ángel Felicísimo. *Obras completas, tomo I, vol. I*. Loja: Universidad Técnica Particular de Loja, 2004. 685-691. Impreso.
- Eliade, Mircea. *Lo sagrado y lo profano*. Madrid: Guadarrama/Punto Omega, 1981. Impreso.
- Frye, Northrop. *El gran código*. Barcelona: Gedisa S.A., 1988. Impreso.

- Millet, Olivier y Philip de Robert. *Cultura bíblica*. Madrid: Editorial Complutense, S. A., 2003. Impreso.
- Rodríguez Castelo, Hernán. “El Éxodo de Yangana, canto a un pueblo”. Rojas, Ángel F. *Obras completas, tomo I, vol. I*. Loja: Universidad Técnica Particular de Loja, 2004. 749-766. Impreso.
- Rodríguez-Arenas, Flor María (Ed.). *El éxodo de Yangana*. s/l: Stockcero, 2007. Impreso.
- Rojas, Ángel F. *Obras completas, tomo I, vol. I*. Ed. Fausto Aguirre. Loja: Universidad Técnica Particular de Loja, 2004. Impreso.
- Salazar Estrada, Yovany. *El pensamiento liberal y socialista en la obra de Ángel Felicísimo Rojas*. Tesis de maestría inédita. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, 2004. Impreso.
- Salvador Vélez, Gonzalo. *Borges y la Biblia. Presencia de la Biblia en la obra de Jorge Luis Borges*. Tesis doctoral inédita. Barcelona, 2008. Impreso.
- Smith, Colin. “A Critical Assesment of the Graf-Wellhausen Documentary Hypothesis”. <http://web.archive.org/web/20080821155609/http://aomin.org/JEDP.html>. Consultado el 23 de noviembre de 2015.